

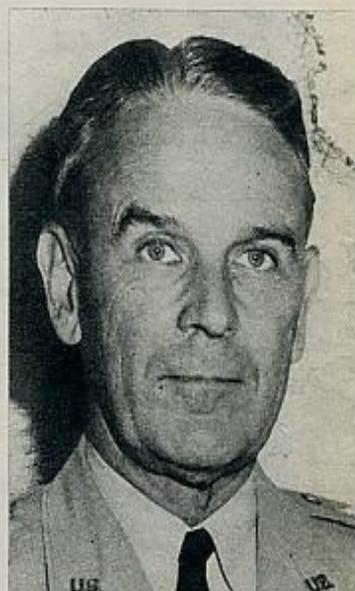
El nombramiento del general Maxwell D. Taylor como embajador de los Estados Unidos en el Vietnam es un «coup de théâtre»: una de esas noticias que caben en tres líneas y que desarrollan luego titulares del cuarenta y ocho en la prensa mundial, millares de artículos editoriales, interrogantes acerca del futuro. Probablemente de entre todas sus significaciones posibles ésta es la más importante: un acto de propaganda. Los lectores de estos comentarios no habrán olvidado el anuncio de la apertura de un segundo frente de guerra fría por parte de los Estados Unidos, apenas cicatrizado el primero. Una guerra fría que mantenga el nuevo «status» conseguido con la Unión Soviética, que no rompa la paz precaria conseguida con la «coexistencia pacífica» y que se dirija hacia otro enemigo en potencia, hacia China. Ya estamos en ello. Una guerra fría se caracteriza esencialmente por dos términos: la ampliación de un conflicto local a proporciones de propaganda mundial, y la posibilidad de que un conflicto local dé origen en cualquier momento a un conflicto nuclear generalizado. Naturalmente es esencial que el tratamiento de ese conflicto sea tal que no llegue nunca a su punto máximo y se detenga «al borde del abismo», como decía el tristemente célebre Foster Dulles.

El nombramiento del brillante general Taylor para el virreinato del Sudeste asiático responde admirablemente a estas premisas. En primer lugar, se trata del general de mayor categoría del Ejército Americano: su cargo, hasta ahora, era el de presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor de todas las armas. Prácticamente, el dios de la guerra. De esta forma, el sórdido y antiguo conflicto vietnamita queda convertido automáticamente en el problema militar de mayor importancia de la nación más potente de Occidente. El espectacular nombramiento ha sido precedido de una campaña admirablemente dirigida acerca de los riesgos en la situación del Sudeste asiático ampliando, con todo el aparato de la propaganda, pequeñas operaciones en la jungla, leves atentados en Saigón, que ocurrían exactamente igual hace unos años, pero que no gozaban de tan buena prensa.

En segundo lugar, la personalidad propia —aparte de la personalidad exterior que le da su importante cargo— del general Maxwell Taylor permite hacer pensar en la reconversión de la guerra de guerrillas en una «operación de disuasión» que puede llegar al ataque directo al Vietcong, al ataque contra China. Taylor tiene una biografía militar brillante de hechos de guerra heroicos —se metió solo en Roma, con su uniforme de general, cuando aún no se habían retirado las tropas enemigas; saltó en paracaídas sobre la península de Cotentin, en Normandía, en el desembarco del que se cumplen ahora veinte años—; es también un excelente militar de oficina; pero su completa y brillante personalidad castrense le ha dado también fama de filósofo. De filósofo militar, se entiende. Lo ha demostrado prácticamente cuando en 1958, como jefe de Estado Mayor de las fuerzas de tierra, se aplicó a la reconversión de la doctrina oficial de las represalias masivas, y lo consiguió: del «todo o nada», que era el axioma estratégico de Estados Unidos apoyado entonces por su gran fuerza nuclear, llegó a la «respuesta graduada». Y lo ha demostrado también sobre el papel con un libro que es imprescindible en las bibliotecas de los estrategas: «The uncertain trumpet». Una frase definidora de ese libro es la siguiente: «Debemos conocer y aceptar los límites de nuestras fuerzas de represalias atómicas. En las condiciones previsibles para los años venideros no podemos creer nosotros, ni nuestros aliados, ni nuestros enemigos, que podamos utilizar esas fuerzas para otro objeto que no sea el de asegurar nuestra propia supervivencia. ¿En qué casos nuestra supervivencia estará amenazada? En dos de ellos, con toda seguridad: un ataque nuclear del territorio de los Estados Unidos, o la certidumbre de que ese ataque se va a producir. El tercer caso sería constituido por un ataque de gran envergadura contra la Europa occidental, puesto que la dominación de aquella región por el comunismo amenazaría nuestra supervivencia nacional». Salvo en esos casos extremos —y, como se ve, el tercer caso, el del ataque a Europa, aparece como dudoso y relativo— la respuesta debe ser «graduada».

Una primera graduación de la respuesta al comunismo en Asia es el propio nombramiento de Taylor. De ahí se puede llegar a todo,

a condición de que quede amenazada la supervivencia de los Estados Unidos. Para muchos norteamericanos la situación en Asia es una amenaza más grave aún que un ataque en Europa. No debemos olvidar que en la segunda guerra mundial el nazismo lanzó un ataque de gran envergadura contra Europa —hasta el punto de que la devoró toda en una campaña relámpago— sin que los norteamericanos se movieran excesivamente, y que fue un ataque en Asia, en Pearl Harbour, el que les llevó a la guerra total, y que no consideraron la guerra terminada hasta que ésta no acabó en Asia con la rendición del Japón. Se dice que el reflejo asiático juega más en los Estados Unidos que el reflejo europeo. Evidentemente, la transformación de la península indochina en zona comunista entraña para Estados Unidos el peligro de ver toda Asia, incluso la India, entrar en la estela china. Por otra parte, muchas personas muy bien situadas en la dirección de los Estados Unidos creen que hay que «domesticar» a China precisamente ahora, en el momento en que se encuentra separada de la Unión Soviética, y cuando aún no tiene un poderío militar atómico: más tarde será imposible. El general Taylor es uno de los que lo creen así. Una de sus muchas facetas es la de su especialidad en Oriente Medio. Uno de los cinco idiomas que habla es el chino, el otro el japonés —habla también español, del que fue profesor en la Academia Militar—; ha



sido agregado militar en China, comandante del VIII Ejército en Corea, ha realizado numerosos viajes a Saigón y otras zonas de Extremo Oriente. Desde que Kennedy le nombró jefe de la Junta de Estado Mayor, su obsesión es ésta: que hay que ganar la guerra del Vietnam a toda costa.

Ahora bien, ¿es posible ganar esa guerra? Otro general de aficiones intelectuales, con larga y triste experiencia de las llamadas «guerras subversivas», cree que no es posible: el general De Gaulle. Su país fue derrotado en Indochina misma, y él tuvo que abandonar Argelia. Después del nombramiento de Taylor, De Gaulle ha vuelto a ser ávido con la política militar americana en Asia, y ha condenado «las incesantes intervenciones extranjeras» que «mantienen y agravan las crueles rasgaduras» en aquellos países. Hay militares norteamericanos que comparten la idea de De Gaulle, otros que la rechazan. En realidad, la guerra del Sudeste asiático ha causado en el Ejército norteamericano una ruptura parecida, aunque no tan patente, a la que la situación militar de Argelia creó en el Ejército francés. Francia ha sufrido la experiencia de que hay guerras que se pudren, guerras que se ulceran y que no se pueden ganar ni perder, y hay que saldarlas con audacia política. Todas las entrevistas franco-americanas sobre ese tema, toda la correspondencia secreta entre De Gaulle y Johnson no ha logrado

convencer a los Estados Unidos de que la guerra en el Vietnam es una «guerra podrida». En realidad lo es. Los vietnamitas combaten sin ilusión, procuran eludir el combate. Las fuerzas regulares de los Estados Unidos están desmoralizadas por una larga sangría a la que no ven nunca el fin. Los comunistas, en cambio, tienen un objetivo claro y una moral de victoria. Frente a ellos no encuentran más enemigo real que las llamadas «unidades especiales» norteamericanas, es decir, las fuerzas de voluntarios que acuden al combate como lo hacían los paracaidistas franceses en Indochina, también voluntarios: por un gusto de violencia. Estas tropas especiales están bien armadas, bien dirigidas, especialmente preparadas para la guerra de guerrillas, y son las únicas que han conseguido algunos éxitos. Pero la retaguardia vietnamita está podrida, y los jefes americanos divididos: desde los que creen en la solución de abandono puro y simple hasta los partidarios de la respuesta atómica inmediata.

El nombramiento de Taylor es, en sí, una ofensiva. Ya ha reforzado la moral de los dirigentes vietnamitas. Se trata de que asuste a los dirigentes comunistas, especialmente a los chinos: que les haga comprender que Estados Unidos está dispuesto a graduar ahora sus respuestas hasta el máximo; es decir, hasta la solución Goldwater, hasta la solución Mac Arthur: la extensión de la guerra. Se trata ahora

frente a un peligro de agresión americana, sean cuales sean sus sentimientos por Mao, dejaría de ser un estado garante. Es probable, por el contrario, de que en un caso semejante la U. R. S. S. obtuviera de China toda clase de concesiones políticas a cambio de su respaldo. Nada indica que negociaciones de ese tipo no estén ya en curso.

Para Taylor, por lo tanto, no quedan más recursos que los de la guerra fría clásica: una intensificación de la propaganda bélica, un reforzamiento de las «unidades especiales», una serie de operaciones difundidas en todo el mundo. Su categoría militar hace prever una serie de éxitos locales; las condiciones de la situación, en cambio, no permiten calcular un éxito definitivo.

Queda por saber por qué Johnson ha lanzado tan arriesgada operación en estos momentos. Probablemente, porque no tiene otro remedio. La sociedad americana tiene moral de guerra fría: sus dirigentes, sus asociaciones, su economía, están montadas sobre un sistema de guerra fría, y el corto período de coexistencia iniciado desde la aventura de Cuba no sólo no ha sido suficiente para una readapta-

EL DISUASIVO MAXWELL TAYLOR

El espectacular nombramiento del general Taylor —foto de la derecha— como embajador de los Estados Unidos en el Vietnam supone un golpe de teatro y un acto de propaganda. Se trata de demostrar a los dirigentes orientales, y especialmente a los chinos, que habrá mano dura, más que en la época de Cabot Lodge.

de saber si China creará todavía que Estados Unidos es «un tigre de papel» y que su política en Asia es un «bluff». Los dirigentes chinos pueden entrar en el «círculo del miedo» y reducir su actuación en el Sudeste asiático, sin por ello permitir que ganen la guerra los Estados Unidos. Probablemente esto no entra en sus cálculos. Después del nombramiento de Taylor, la actividad guerrillera se ha recrudecido, y ha habido nuevos atentados en Saigón. Sus cálculos son —o deben ser, y no creo que me equivoque— obligar a los Estados Unidos a que lleguen al máximo en su nueva guerra fría, en la certidumbre de que no pueden llegar. Johnson y Taylor juegan una carta muy peligrosa, muy arriesgada: la de que con motivo de esta guerra fría se reanuden de nuevo las relaciones entre la U. R. S. S. y China. Se dice que Moscú no tiene hoy interés en ayudar a China, que prefiere dejarla sola frente a Estados Unidos. No sé si es así o no, y creo que nadie lo sabe; pero sí estoy seguro de que la Unión Soviética no puede materialmente seguir esa política de abandonismo. Hasta ahora la política soviética consiste en mantener la paz a toda costa; pero asegurando al mismo tiempo a ciertos países socialistas o comunistas situados en zonas precarias su apoyo total en caso de amenaza. Es vital para ella que esa seguridad ofrezca plenas garantías: tanto a Cuba como a Argelia, por no citar más países. Si abandonase China y el Sudeste asiático

ción, sino que, por su rapidez, ha producido ciertas depresiones, ciertas pérdidas de moral. La oposición política en período electoral ha aprovechado estas depresiones para su propaganda y ha desenterrado el hacha de la guerra. Johnson estaba forzado a tomar una actitud llamativa y espectacular, una actitud que no permitiera a sus adversarios monopolizar las posiciones de firmeza y de energía. Por eso, muchos observadores creen que no podrá juzgarse como definitiva la política americana en Asia hasta que pasen las elecciones, y que, probablemente, Taylor no estará mucho tiempo en Saigón, y será sustituido como embajador por quien ahora ha sido nombrado embajador adjunto, Alexis Johnson, que era subsecretario de Estado para asuntos políticos.

Queda en el aire, naturalmente, el peligro que tienen todas las situaciones de fuerza aparente, de amenaza: que una imprudencia, un movimiento no previsto, las lleve más allá de los modestos cálculos de quienes la lanzan, que quedan entonces en la triste situación de los aprendices de brujo, vencidos por las fuerzas con las que han querido jugar.

Por EDUARDO HARO TECLEN